



La poesía gauchesca

Está presente en nuestra memoria una escena vivida en la niñez. En el interior de un rancho, casi perdido en la llanura, se celebraba una fiesta. La única lámpara de la vivienda alumbraba desde un rincón los pobres muebles y a la concurrencia.

El baile había comenzado, a la caída de la tarde, con pocas parejas, y al llegar la noche no quedaba sitio en

dónde ubicarse: los viajeros detenían su marcha en la puerta del rancho y pedían permiso para entrar. Poco después se sentían como dueños de la casa.

A medianoche se hizo una larga pausa que los músicos aprovecharon para descansar. El silencio se hacía cada vez más profundo; en tanto, afuera, ladraban los perros como asustados de su propia sombra.

Se oyó entonces una voz que encerraba una orden:

—¡Que cante don Rocha!

—¡Que cante! —contestaron otras voces desde la penumbra.

El viejo don Rocha, que estaba semidormido en un ángulo del rancho, tomó la guitarra, templó sus cuerdas largamente y empezó a cantar. En sus versos recordaba sucesos de su propia vida: hechos de coraje en luchas con



los indios y un amor perdido. Todos estuvimos pendientes de aquella música, cuya melodía triste aún nos llega como un eco lejano.

Era don Rocha uno de los tantos poetas y cantores rústicos que recorrían la llanura inmensa, llevando en los labios sus versos, un refrán o una canción.

Nuestro gaucho amó el verso y la música. La guitarra fue su instrumento predilecto. Al son de sus cuerdas improvisó versos, cantó y ejecutó motivos para la danza. Frente al mostrador enrejado nació la payada. El *payador* fue el primer poeta de nuestras pampas.

En los bailes del rancho se difundieron las *relaciones*, las *vidalitas* y los *tristes* y con ellos gran parte de nuestra poesía popular.

Más tarde, poetas cultos como Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández, embellecieron los versos nativos y crearon, respectivamente, las obras *Santos Vega*, *Fausto* y *Martín Fierro*. En las estrofas de estos poemas está el gaucho con sus aventuras, penas y alegrías; está su lenguaje, que aprendió del conquistador y deformó luego a su manera. Y está la pampa de otros tiempos, con sus costumbres, dolores y heroísmos.

Bien ha dicho un escritor que la poesía gauchesca es lo más nuestro que poseemos.



Consejos de *Martín Fierro a sus hijos*

Un padre que da consejos,
más que padre es un amigo;
así, como tal les digo
que vivan con precaución:
naiques sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.

Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada;
no extrañen si en la jugada
alguna vez me equivoqué,
pues debe saber muy poco,
aquel que no aprendió nada.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero les debo enseñar,
y es bueno que lo recuerden:
si la vergüenza se pierde
jamás se vuelve a encontrar.

Los hermanos sean unidos,
porque ésa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea
porque si entre ellos pelean
los devoran los de *ajuera*.

Respeten a los ancianos,
el burlarlos no es hazaña;
si andan entre gente extraña
deben ser muy precavidos
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.

Ave de pico encorvado
le tiene al robo afición;
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

Estas cosas y otras muchas
medito en mis soledades;
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:
es de la boca del viejo
de *ande* salen las verdades.

(Fragmento)

JOSÉ HERNÁNDEZ

PALABRAS GAUCHESCAS:

Así: así. - *Nadies*: nadie. - *Ajuera*: afuera. - *De ande*: de donde.

La gran mayoría de las palabras que llamamos gauchescas son "conservaciones del español antiguo". Ejemplos: *Así* por *así*, es palabra de uso frecuente en los escritos de Cervantes y de Santa Teresa; *ansina* figura en los textos de Lope de Vega, Tirso de Molina, Lucas Rodríguez, etc.

(Véase "*La lengua de Martín Fierro*", por Eleuterio F. Tiscornia, Buenos Aires, 1930).

Rivadavia, nuestro más grande hombre civil

En mayo de 1821, Rivadavia regresó a Buenos Aires luego de una estada de cinco años en Europa.

La fecha de su arribo a la tierra natal señala el comienzo de un período de grandes progresos para nuestra patria.

Poco después de su llegada, el gobernador Rodríguez lo designó ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores. En este alto cargo desarrolló una obra tan descollante, que uno de nuestros historiadores más notables lo llamó "el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos".

Decretó la creación de la Universidad de Buenos Aires; organizó la administración de correos; abrió al público, en horas de la noche, la Biblioteca Nacional para aquellas personas que no podían frecuentarla de día; mandó terminar el edificio de la Catedral e hizo construir iglesias en la campaña; logró que se dictase la Ley de Olvido, por la cual podían volver a la patria los deportados o exilados por cuestiones políticas; estableció dos cementerios en la capital; se fundaron la Sociedad de Beneficencia y hospitales; abrió la primera Caja de Ahorros y el Banco de Descuentos.



Bernardino Rivadavia.

A él debemos, también, la fundación del Museo de Historia Natural, sociedades de estudios literarios, numerosas escuelas y centros de enseñanza.

Serían necesarias muchas páginas de un libro para reseñar la obra de Rivadavia como ministro de Gobierno. Aunque discutido y combatido en su época, el pueblo argentino le ha hecho justicia. El 20 de agosto de 1857 se congregó en el puerto de Buenos Aires y recibió con emoción los restos del gran ciudadano, aquellos restos que "volvían a descansar para siempre en el suelo querido donde viera la luz, en la tierra de sus amores, que fecundó con sus ideas y engrandeció con sus obras".

El osito

He salido a caminar
contigo por esos campos.
Brilla la nieve en tu pelo,
brilla en la flor y en el árbol.

¡Oh, qué alegría la tuya,
mi hermoso y fuerte muchachó!
¡Es la sonora alegría
del cabritillo y del pájaro!

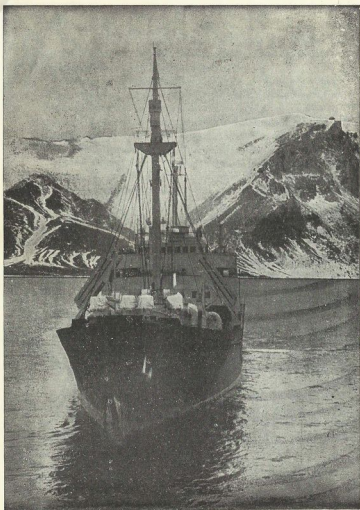
Retozas, y hacia adelante
vas extendiendo las manos
que se te llenan de frágiles
y breves pétalos blancos.

La nieve te cubre todo,
cabello, ropa y zapatos.
¡Sólo en tu cara relumbran
tus ojos negros, mi chango!

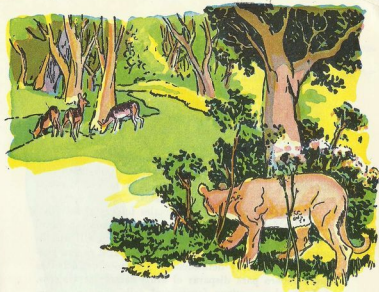
Y al volver a nuestra casa
por el camino nevado,
entre mis brazos sólo eres
un trémulo osito blanco.

ALFREDO R. BUFANO





Antártida Argentina. Transporte de la Armada entrando en Puerto Foster.



Las voces de la selva

Escuchada a distancia la voz de la selva es armoniosa. El rumor de las hojas movidas por el viento, el canto de pájaros raros, el roce de las ramas, todas las voces y ruidos, se mezclan y se confunden en una música agradable. Pero escuchada de cerca o desde el interior, la selva produce terror a quienes no están habituados a sus secretos.

Dentro de la selva la oscuridad es completa y la noche eterna.

Sobre los colchones de hojas secas que los árboles forman en el suelo, se arrastra la yarárá, lista a inyectar su veneno mortal; avanza el tigre, alerta y cauteloso, en busca de su víctima; su rugido es una amenaza para el hombre que se interna en sus dominios.

El anta y el venado aparecen y desaparecen entre los troncos; mil pájaros chillan o cantan, escondidos entre las ramas.

A veces, surge un manantial, que forma cintas de cristal en marcha hacia los grandes ríos: son arroyuelos límpidos, muy buscados por el anta, y, a la vez, caminos seguros para los hombres extraviados.

No son, sin embargo, los animales feroces ni las vibras ni los insectos los enemigos más peligrosos para el hombre que penetra en la selva. Como hasta allí difícilmente llega el poder de la justicia, el matorral es una guarida de criminales y delincuentes. El tronco del árbol es seguro reparo para disparar el arma contra los viajeros.

La sombra continua favorece al delincuente y lo convierte en un enemigo más terrible que el tigre o la yarárá.

Allí tiene el hombre todo lo que necesita para vivir: la carne del anta, del venado, de la mulita o de las aves; el agua de los manantiales o del arroyo; madera para la vivienda y el fuego...

Sólo le falta el sol porque rara vez penetra en el corazón de la selva.



La abeja y el camuati

I

Desde los más remotos siglos la historia natural de las abejas ha ocupado la atención de los sabios. Hubo algunos que emplearon todos los años de su vida en ese sentido; se cuentan por millares los libros y tratados que se han escrito sobre estos insectos industrioses y entre sus autores

se notan muchos naturalistas afamados. Pues bien: las avispas del camuati americano son mucho más admirables que las abejas de la colmena europea.

Las abejas no pueden emprender su trabajo si no encuentran una oquedad en los leños o en las rocas, o una colmena preparada por el hombre; pero el camuati no necesita de abrigo alguno ni de auxilio ajeno; más ingenioso y audaz, confiado en su habilidad e industria, una ligera rama le basta como punto de arranque para desplegar la idea de aquel palacio pensil que encierra tantas maravillas.

Los habitantes de la colmena, reducidos a un breve recinto, como los hijos de la Europa, tienen que abandonar su patria y errar buscando un nuevo asilo por el mundo. No así los habitantes del camuati, pues continúan por muchos años ampliando los términos de su ciudad aérea.

Las abejas tienen que emplear el néctar de las flores para sus construcciones, porque de la miel se forma la cera en sus estómagos, secretándose por los anillos inferiores del abdomen, sin intervención de su industria. Más económicos e industriosos, los camuatis no sacrifican, como aquéllas, una parte de su tesoro melifluo para edificar sus poblaciones; preparan ellos mismos una pasta idéntica a la del papel, hecha de la albura de los árboles secos, cuyas fibras arrancan, trituran y humectan con sus mandíbulas, dándoles más o menos consistencia, según lo requiera la arquitectura del edificio.

Con este arte singular hallan en todo tiempo materiales abundantes, cuando la abeja tiene que esperar la estación de las flores para emprender sus obras.

Reducido el alimento de la abeja a los frutos, las flores y la miel de su despensa, suele agotársele ésta y pere-

cer de necesidad en los inviernos prolongados. Pero el camuati, que puede y sabe economizar sus provisiones sustentándose de insectos, vive siempre en la abundancia, prestando al mismo tiempo un importante servicio al hombre.

II

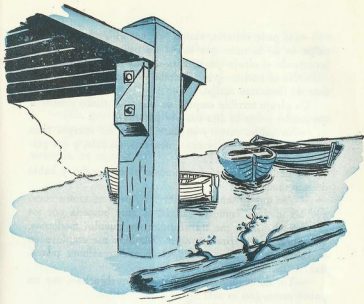
Nuestras avispas, injustamente conceptuadas por malignas y feroces, son de índole muy noble, pacífica y sociable. Yo he traído más de un camuati de los montes silvestres del Paraná, lo he colocado cerca de mi habitación, y al punto han continuado las avispas sus trabajos, reparando algunas lesiones que había sufrido su colmena en el transporte; y muchas veces me he puesto a mirarlas trabajar a dos pasos de distancia, sin que jamás hayan intentado ofenderme. Por el contrario, parece que, sensibles a mi afecto, ha venido uno de sus enjambres a situarse en un peral inmediato a mis ventanas, a seis pasos de distancia, construyendo a la altura de dos varas una magnífica colmena, donde han podido observar sus trabajos todas las personas que han visitado mi quinta de San Fernando.

Se muestran tan familiares y confiados, que beben en nuestros mismos vasos y se paran sobre las flores y las frutas que mis niños tienen en sus manos. Muchas veces, cuando he visto al camuati afanado en arrancar las fibras de un tronco seco, para preparar la pasta, lo he tocado impunemente con el dedo, sin que por eso abandonase su tarea; un ligero estremecimiento del insecto manifestaba no sé si su temor o su contento, pero su ira no, seguramente. ¡Y éstos son los animales odiados y perseguidos como perversos! ¡Oh, injusticia de los hombres!

Los camuatíes sólo hacen uso de sus armas en defensa de su vida, de su propiedad y de su pueblo. ¡Desdichado del que intente ofenderlos; del que llegue a conmover el edificio o perturbar su sosiego!

Entonces, cada uno de estos pequeños insectos se convierte en un guerrero temible. Sin hacer aprecio de sus vidas, sin mirar si el enemigo es poderoso, se arrojan sobre él, en veloces torbellinos; lo acosan, lo hieren, lo persiguen con encarnizamiento hasta ponerlo en fuga y dejarlo escarmentado para siempre. Así es como se defiende lo que se ama; y los que quieren tener patria y libertad, así es como deben defenderla.

MARCOS SASTRE



El quebracho y el timbo

Fábula

Un leño de timbo que flotaba en el río Paraná a merced de la corriente, fue a estrellarse contra un poste de quebracho que servía de sostén a un embarcadero.

—¡Bárbaro! —exclamó el timbo—; casi me partes en dos mitades.

—No pude evitarlo, amigo —repuso el quebracho—. La culpa es de la nave que acaba de pasar a toda marcha levantando el oleaje que te hace danzar tan graciosamente.

—No te burles —gritó el timbó—; y en lo sucesivo cuidate de llamarme amigo.

Un oleaje terrible empujó de nuevo al timbó contra el quebracho y éste le dijo con voz paternal:

—No hables tanto y sujétate bien a mi cuerpo, pues a este paso el río te llevará quien sabe adónde, y me privaré de tu compañía...

El timbó se agarró fuertemente al quebracho y habló de este modo:

—Veo que prestas algún servicio, pero no tantos como yo. Mi madera, como tú sabrás, es muy buscada por los carpinteros. Ellos me transforman en muebles modernos, en estuches y en finos envases. También me emplean en la construcción de canoas y otras embarcaciones pequeñas... Tú, en cambio...

—Yo, en cambio —interrumpió el quebracho—, soy un pobre poste, ¿no es así?

—Naturalmente.

—¿Y no se te ocurre pensar por qué me han puesto aquí, en el agua?

—Será porque no sirves para otra cosa...

—No, mi buen timbó. Me han colocado aquí, porque mis fibras resisten la acción del agua y de la humedad como la piedra. Más aún; los de mi raza, oriundos de Santiago del Estero y de Santa Fe, sostienen las vías férreas por donde se deslizan los trenes llenos de viajeros y de carga; los hombres los llaman durmientes. Sostienen, también, los alambres telefónicos y telegráficos; apuntalan las viviendas en ruinas, mantienen firmes los alambrados de los campos, dan con sus fibras un carbón excelente y el

tanino que tanto se aplica en las curtidurías. Y te diré algo más: miles de obreros trabajan en nuestros bosques y ganan allí el sustento para sus hijos...

El timbó se acercó un poco más al quebracho y le dijo:

—Los dos somos argentinos. Has de saber que soy catamarqueño...

—¡Ah, querido timbó! Envidio tu felicidad de poderte convertir en canoa y navegar por este espléndido río.

—Y yo, amigo quebracho, envidio tu fortaleza, tu resistencia, tu eternidad.

No se debe juzgar a los demás por las apariencias sino por lo que realmente valen.



La montaña

El viajero que por vez primera ve la montaña, enmudece de asombro.

El mar, con su eterno movimiento, arranca exclamaciones de alegría; la llanura solitaria entristece el alma; la selva atrae con fuerza porque tiene vida, cantos y perfumes; pero la montaña sella nuestros labios.

A medida que avanzamos y subimos por sus vericuetos y senderos nos sentimos pequeños y débiles.

El silencio se hace angustioso...

Aquí, a corta distancia, se abre un precipicio como la boca de un monstruo que quisiese devorarnos; allá, arriba, la nieve se extiende sobre las cumbres; moles inmensas se levantan de la tierra y hunden sus picos en las nubes.

Cuando una piedra se desprende de las alturas, rueda en carrera fantástica destruyéndolo todo a su paso: el

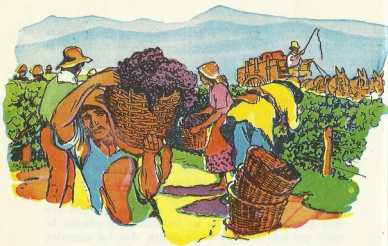
árbol, la casita del montañés, los animales que encuentra en su caída. Otras veces, en la época de los deshielos, la nieve, convertida en torrente, se precipita por las laderas y destruye los labrantíos y las poblaciones.

Pero la montaña tiene también sus bellezas delicadas. El hilo de agua que el manantial forma en la falda da vida a las plantas, que ponen una nota de verdor en la aridez de las rocas: crecen helechos, hierbas aromáticas y árboles.

La piedra se engalana de verdura y se embellece con las flores más raras.

La montaña fue la fortaleza natural de que se sirvió el indio para defenderse del invasor. Desde un cerro, el indio, con mirada de águila, vigiló al enemigo, y cuando le vio acercarse, hizo rodar hacia el abismo grandes piedras que, al despedazarse en las laderas, producían un ruido que helaba de pánico la sangre. Así, los naturales, ayudados por la montaña, ahuyentaron al invasor.

Hoy la montaña no tiene ya secretos para el hombre: abre éste caminos o extiende vías férreas en su falda; perfora sus entrañas para extraer sus tesoros, y abre túneles para acortar las distancias; desvía los torrentes o vuela sobre ella en máquinas poderosas.



Palabras al viñador

¡Oh, viñador, buen viñador de las provincias cuyanas!
Desde los caminos te vi encorvado sobre la tierra que tanto
amas, mientras con tus manos abrías surcos y plantabas
vides en líneas paralelas.

Me quedé largo tiempo admirando tu obra.

Quizá tenías tu pensamiento puesto en el hogar lejano,
en la esposa y en los hijos que confían en tus brazos fuer-
tes, para que el invierno sea menos cruel y la pobreza más
llevadera.

Junto a la acequia, te he visto inclinado, sudorosa la
frente, tostado el rostro, bebiendo en el vaso de tus dos
manos el agua cristalina y fresca.

¡Oh, viñador! Ya llegarán los días siempre esperados
de la vendimia: las tijeras cantarán entre los racimos, las
canastas se llenarán de uvas y las carretas vendrán a reco-
ger el fruto para pasearlo por los caminos y las calles.
En esa cosecha de uva negra y de uva blanca irá también
un poco de tu alma, viñador.

Y la sal de tu sudor la hallarás dulcificada en el co-
razón de los racimos.

El hijo adoptivo de Sarmiento

Sarmiento tenía 37 años. Acababa de llegar de su viaje por Europa y Estados Unidos. El gran civilizador argentino habíase entregado de nuevo a combatir la tiranía. Perseguido por sus enemigos políticos volvió a Chile, desde cuyas tierras hospitalarias emprendió una lucha sin cuartel contra Rosas.

Su vida, su fortaleza moral y su talento estuvieron, como siempre, al servicio de la patria, que amaba de manera entrañable.

El infatigable luchador redactaba artículos periodísticos, creaba escuelas, enseñaba a grandes y chicos y escribía libros que le dieron más tarde la celebridad.

En aquella época se dio a la tarea de comenzar sus libros "Educación Popular" y "Recuerdos de Provincia".

En el vecino país, Sarmiento adoptó como hijo a Dominguito Fidel Castro, un niño chileno de tres años.

El pequeñuelo endulzaba con su cariño y sus ocurrencias la vida agitada del pensador.

Para él eran todas las ternuras del gran sanjuanino.

Este hombre de alma recia, hecha para afrontar las mayores resistencias, se convertía en un padre amoroso junto a su hijo adoptivo. Le enseñó las primeras letras.

Dominguito prosiguió sus estudios en Buenos Aires. Tenía el joven 20 años cuando estalló la guerra con el Paraguay, y se fue allá con otros universitarios porteños. Luchó heroicamente en la batalla de Tuyutí.

Un año después, el 22 de septiembre de 1866, murió en la acción de Curupaity.

Poco antes de perder su vida envió una carta a la madre, en la que ponía de manifiesto su valor y entereza.

"No sientas mi pérdida —le decía— hasta el punto de sucumbir bajo la pesadumbre del dolor. Morir por la patria es vivir, es dar a nuestro nombre un brillo que nada borrará".

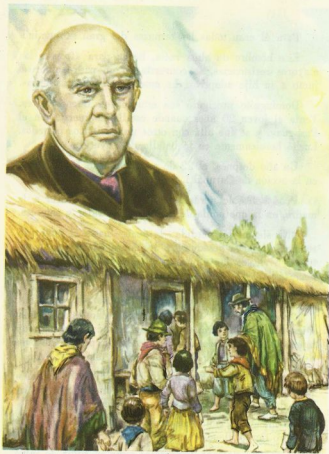
Y poco después:

"Escribo trepado en un árbol, mirando hacia el enemigo, que tiene sus reales en una línea de montes no muy lejanos. Deseo los combates, los asaltos, porque después de ellos me tendrás a tu lado".

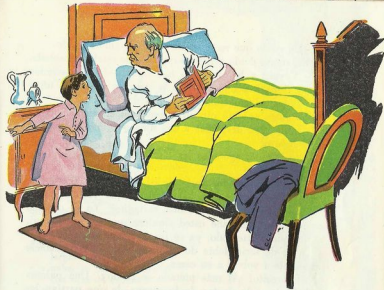
Fue alcanzado por un casco de bala y cayó para siempre el valiente muchacho, lejos de su ilustre tutor y privado de las caricias de la madre, a quien tanto amó.

Sarmiento escribió más tarde la *Vida de Dominguito*, un libro tierno, lleno de gracia y a la vez doliente.

Y en esas páginas, inmortales como su autor, lo salvó del olvido.



Domingo Faustino Sarmiento



La última vez que Dominguito tuvo miedo

Fragmento

Una noche, Dominguito se acerca a tientas a mi cama, e interrogado, se empeña en querer dormir a los pies y cuenta que un ruido horrible hay en su cama, sobre su cabeza, que no le deja dormir.

—¿Cómo es el ruido?

—Un ruido que no se parece a nada sino a ruido.

Espantoso debía ser, pues que el niño estaba espantado.

—¡Váyase a la cama, no hay nada! —fue la solución de los seres irracionales dada a ligera a todas las terribles dudas, alucinaciones y errores del niño.

Entonces se dejó oír un torrente de elocuencia, como sólo había visto desplegar a una niña que iban a encerrar en lo oscuro.

Dominguito, agotadas las lágrimas, las súplicas, principió a razonar:

—Nada de miedo, ¡qué miedo!, no era eso. Pero veamos, decía, ¿qué mal le hace a usted que yo me acueste aquí, en esta puntita de la cama, calladito? Yo me duermo en el acto, y no sabe usted siquiera que yo estoy aquí, y diciendo y haciendo, ya se iba acomodando.

Algo de serio debía de haber en aquella repugnancia invencible a volver a su cama.

¡Pobrecito! Al más pintado se la doy. Una paloma se había metido dentro de la corona de que partían las dos colgaduras de su cama, y la pobre, no pudiendo reposarse sino asiéndose un rato a la cortina, revoloteaba sin cesar, sin ocurrírsele bajar.

¡Este era el ruido que no se parecía a nada sino que era ruido!...

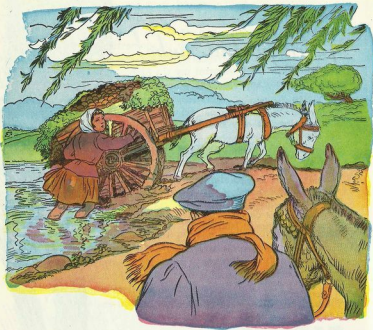
DOMINGO F. SARMIENTO

¡Ten piedad, nube!

Por los árboles tristes
que se encienden
en resplandores vagos y amarillos,
¡ten piedad, nube!
Por las mejillas pálidas y enfermas
de las hojas,
que apenas se sostienen
en la rama sensible,
¡ten piedad, nube!
Por el tronco que sufre
largas horas de sed,
y a quien ya mira el labrador
con ojos de codicia...
Por esa juventud llena de arrugas,
¡ten piedad, nube!
Nube:
Que te lleve hacia el mar
la buena mano del gigante Viento.
Y bebe la alegría de una ola
y tu madeja de agua
que se devane a prisa
en hilos bulliciosos
—cual venda de salud y de milagro—
sobre la herida
de los árboles tristes y sedientos...
¡ten piedad, nube!

JULIO J. CASAL





La carretilla

En el arroyo grande, que la lluvia había dilatado hasta la viña, nos encontramos, atascada, una vieja carretilla, perdida toda bajo su carga de hierba y naranjas. Una niña, rota y sucia, lloraba sobre una rueda, queriendo

ayudar con el empuje de su pechillo en flor al borricuelo, más pequeño, ¡ay!, y más flaco que Platero.

Y el borriquillo se despechaba contra el viento, intentando, inútilmente, arrancar del fango la carreta, al grito sollozante de la chiquilla. Era vano su esfuerzo, como el de los niños valientes, como el vuelo de esas brisas cansadas del verano que se caen, en un desmayo, entre las flores.

Acaricié a Platero y, como pude, lo enganché a la carretilla, delante del borrico miserable. Le obligué, entonces, con un cariñoso imperio, y Platero, de un tirón, sacó carretilla y rucio del atolladero, y les subió la cuesta.

¡Qué sonreír el de la chiquilla! Fue como si el sol de la tarde, que se quebraba, al ponerse entre las nubes de agua, en amarillentos cristales, le encendiese una aurora tras sus tiznadas lágrimas.

Con su llorosa alegría, me ofreció dos escogidas naranjas, finas, pesadas, redondas. Las tomé, agradecido, y le di una al borriquillo débil, como dulce consuelo; otra a Platero, como premio áureo.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

De Buenos Aires a Resistencia

IMPRESIONES DE UN VIAJE POR EL RÍO PARANÁ

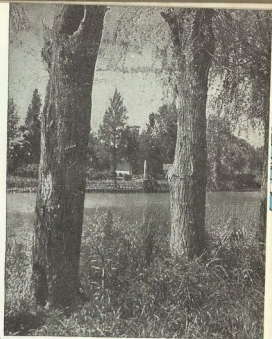
I

Cuando partimos en viaje fluvial de Buenos Aires al Chaco, no habíamos presentado, ni remotamente siquiera, la fuerte emoción que había de producirnos el encuentro con los indios maticos en plena selva. Hablaremos más adelante de aquel encuentro, cuya impresión ha de perdurar en nosotros toda la vida.

En una noche de agosto nos embarcamos en una de las modernas motonaves que por el río Paraná unen nuestra capital con la Asunción del Paraguay.

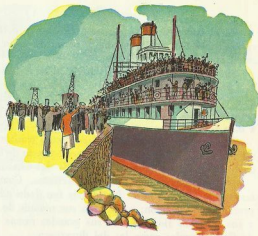
En seguida de acomodar el equipaje en nuestro camarote, nos ubicamos en la popa del barco para contemplar la ciudad de Buenos Aires en la noche y a distancia. A medida que nos alejábamos, sentíamos una indefinible tristeza. En el puerto quedaban los seres queridos despidiéndonos con los pañuelos, simbólico saludo de todos los puertos, que conmueve hasta arrancar lágrimas.

El hombre que troncha un árbol y no lo repone conspira contra nuestra riqueza forestal.



Amarradero y vivienda ribereña.





Nos íbamos lentamente río adentro, entre las luces de las boyas y el toque de las sirenas con que los barcos anclados saludan a los que se van...

En la noche, Buenos Aires se extiende sobre la costa del Plata, llena de luces que parecen estrellas.

Luces y siluetas de edificios altísimos. Arriba, el cielo estrellado; y allá abajo, un pedazo de cielo...

A la hora de cenar, el altoparlante de la motonave nos explica que avanzamos con lentitud debido a la bajante de las aguas.

La nave parece un palacio flotante. Nos domina desde la partida la ansiedad de asomarnos para ver todos los puertos de la costa.

La nave hizo escala en Rosario, Diamante, Santa Fe, Paraná, La Paz, Esquina, Reconquista, Goya, Lavalle, Bella Vista, Ocampo, Empedrado y Corrientes.

En el trayecto, el río se ensancha hasta perderse de vista sus costas o se angosta hasta permitirnos ver con claridad la morada de los isleños.

Siempre árboles, islas de tupida vegetación, *selvas* y el río tranquilo, largo, bello. Nos cruzamos con barcos que vienen cargados de naranjas, leña, algodón, yerba mate y tanino; canoas que transportan pasajeros de uno a otro sitio, yates con excursionistas...

Llegamos a Corrientes. Allí debíamos trasbordar, cruzar el Paraná y llegar a Barranqueras, puerto de la ciudad de Resistencia, capital de la provincia del Chaco.

Nos quedamos unos días en Corrientes. Como la primavera se anticipa en el Norte, nos fue dado admirar su prodigiosa vegetación, sobre todo sus montes de naranjos y sus lapachos floridos, con sus grandes ramas cubiertas de flores rosadas como las del duraznero.

Corrientes está modernizándose: tiene limpias calles pavimentadas y edificios públicos de imponente arquitectura. Como contraste, vemos en pleno centro antiguas casas con sus galerías a la calle y techo de tejas.

Es una ciudad culta, de noble tradición y de heroica historia.



Resistencia

II

Desde Corrientes nos embarcamos en una balsa nacional, amplia y cómoda. Baste decir que entramos en ella en automóvil, y sin bajarnos del coche llegamos en poco tiempo a Barranqueras, puerto situado en territorio chacoño, y de allí, en el mismo automóvil, por el camino pavimentado que une el puerto con la capital, arribamos a Resistencia.

¡Resistencia!... Floreciente ciudad argentina, nueva, vigorosa. En ella se advierte, más que en ninguna otra parte, la obra de los hombres progresistas.

Recorremos sus calles pavimentadas, admiramos la edificación moderna de la ciudad, el tránsito intenso y el

andar apresurado de los habitantes; ese andar ágil, que es típico de los pueblos industrioses.

—¿Por qué se llama Resistencia esta ciudad? —preguntamos a un chaqueño, y nos contesta brevemente:

—Hace años, los primeros pobladores tuvieron que resistir con heroísmo los frecuentes ataques de los indios... Por eso se la llamó Resistencia.

La respuesta nos llena de curiosidad e inquirimos:

—¿Quedan aún muchos indios en el territorio?

—Todavía quedan algunas tribus, dispersas en la selva. Conservan sus costumbres y creencias. Gran parte de ellas trabajan y viven en contacto con la gente civilizada.

—¿Podríamos visitar una de esas tribus?

—Mañana mismo. Llevaremos un lenguaraz para entendernos con los matakos.

Aquella noche apenas pudimos dormir, pensando en el viaje a las selvas y en la visita a los indios matakos



Una visita a los indios matakos

III

En horas de la tarde y bajo los rayos de un sol quemante, llegamos a las chozas de los indios matakos, en plena selva.

Nos recibe el cacique. Habla con el lenguaraz acompañando sus palabras con gestos y movimientos de las manos.

Se nos acercan otros indios. Son todos altos, de anchas espaldas y pies pequeños. Tienen el cabello lacio, negro y abundante. El traje lo constituye en unos una bombacha vieja, y en otros, un pedazo de tela.

El lenguaraz expresó al jefe de la tribu que deseábamos oírlos cantar y verlos bailar.

A unas palabras del cacique, los indios se desbanda-

ron y entraron en sus chozas, hechas de ramas, cueros y arpilleras. Poco después aparecieron con los adornos típicos que usan sólo en las ceremonias: una corona de plumas de colores vivos en la cabeza, un pedazo de tela alrededor de la cintura y grandes pulseras y tobilleras.

Estas últimas nos llamaron la atención; al más leve movimiento de las piernas producían un ruido extraño: *chas-chás... chas-chás... chas-chás...*

El lenguaraz nos explica que esos adornos los hacen los indios con la extremidad de la víbora de cascabel y con trozos de piel seca de serpiente.

La ceremonia que vamos a presenciar consiste en quitar del cuerpo los malos espíritus que, según ellos, traen las desgracias y las enfermedades. Bailan dando saltos lentos alrededor de un ser imaginario. Bailan y cantan. El canto reproduce el gemido de los vientos en el bosque y el grito de los animales de la selva.

—Uó-uó-uó... uó-uó-uó...

Acompañan el extraño canto con el ruido de las tobilleras: *chas-chás... chas-chás...*

De vez en vez, con un grito fuerte, lanzado a coro, interrumpen la danza.

Con el cuerpo casi desnudo, el rostro contraído en expresiones de terror y de cansancio, prosiguen la danza hasta la entrada del sol.

Todo ello nos parece una pesadilla. Sufrimos profundamente, y llenos de emoción y de tristeza emprendemos el regreso a la vida civilizada...

El pájaro sediento

Iba por el camino. Con sus primeros lampos, el sol iluminaba el verdor de los campos.

Y hube de detenerme en la senda un momento para que en paz bebiera el pájaro sediento.

Un pájaro posado al borde de un hoyuelo, que con el grácil pico bebía agua del cielo.

¡Oh, generosa espera que me enseñó aquel día que tan sólo en el ave es pura la alegría!

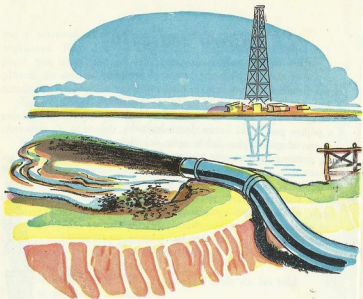
De súbito volvióse al sentir mi presencia.

¡Y era todo ternura, y era todo inocencia!

Luego, elevó su vuelo por sobre las acacias y se alejó piando, cual si dijera: “¡Gracias, hombre que en el sendero te has parado un momento para que se abrevara el pájaro sediento!”

FRANCISCO ISERNIA





El oro negro

Un equipo perforador tenía su campamento en el puerto de Comodoro Rivadavia, allá por el año de 1907. Lo componían once hombres destacados en aquel paraje para buscar agua potable en las entrañas de la tierra.

La máquina estaba preparada para llegar a una profundidad de 500 metros. A fines de marzo comenzaron su

trabajo aquellos hombres esforzados, bajo el azote de los vientos patagónicos.

En el lugar elegido, a un kilómetro de la costa, la mecha penetraba lentamente en la tierra dura y seca. A los nueve meses de trabajo incesante, se alcanzó la profundidad establecida, sin haberse hallado el menor vestigio de agua.

Hubo, entonces, en el campamento, un instante de vacilación. Todo el esfuerzo realizado hasta ese momento había resultado estéril.

¿Estaba la máquina en condiciones de vencer la resistencia de otra napa más honda?

¿Tenía el equipo perforador la fe necesaria en sus elementos de labor para proseguir la titánica empresa?

La voluntad de aquellos hombres se sobrepuso a todo y continuaron trabajando. A los 535 metros de profundidad observaron un fenómeno extraordinario: por el caño subían burbujas de gas con fuerte olor a petróleo.

El 13 de diciembre de 1907, el jefe de sondeos y el auxiliar dirigieron, a sus superiores, este telegrama que conmovió la opinión nacional:

"Perforación sigue bien. Profundidad quinientos metros. Inyección sube siempre espesa con *kerosene*. Estamos sobre un terreno que resulta casi imposible atravesarlo por su dureza. Todo en buen estado"

Con la búsqueda de agua potable, se vino a comprobar la existencia de abundante petróleo en el suelo de la Patagonia, del precioso mineral que constituye hoy una de nuestras grandes riquezas. Cupo a los hombres del pozo número 2 la gloria de aquel hallazgo, que ha convertido el solitario puerto de Comodoro Rivadavia en un activo centro industrial.

El petróleo argentino mueve, en la actualidad, nuestras máquinas que surcan los espacios y los mares, los pueblos y ciudades de la patria. Es fuerza motriz, calor, luz, combustible, lubricante, material de construcción y medicina.

Y en los sitios a los que aún no han llegado los beneficios de la electricidad, alumbra los hogares en la lámpara cordial y amiga.



El león y la liebre

En una montaña llamada Mandara había un león nombrado Durdanta. Dicho león se entretenía en hacer una continua matanza de animales. Éstos se unieron y le enviaron representantes.

“Señor, le dijeron, ¿por qué destruir así a todos los animales? Todos los días os enviaremos a uno de nosotros para que os alimentéis”.

Y así fue. El león, a partir de entonces, devoró todos los días a uno de aquellos animales.

Cierta día, una liebre vieja, a la que le llegó el turno de servir de alimento, se dijo para sus adentros:

“No se obedece más que a aquel a quien se teme. Y eso para conservar la vida. Si debo morir, ¿de qué me va a servir el demostrar sumisión al león? Voy, pues, a to-

marme tiempo excesivo para llegar hasta él. No me puede costar más que la vida, ¡y ésa la he de perder! Así habré pasado mis últimos momentos completamente desligada de las cosas de aquí”.

Se puso en camino, deteniéndose aquí y allí para mastigar algunas sabrosas raíces.

Por fin llegó adonde estaba el león. Éste, que tenía hambre, le dijo colérico, en cuanto la vio:

—“¿Por qué vienes tan tarde?”

—“No es culpa mía —respondió la liebre—. He sido detenida en el camino y retenida a la fuerza por otro león, al que he jurado volver a su lado, y vengo a decirlo a vuestra majestad”.

—“Llévame pronto —dijo furioso el león— cerca de ese bribón que desconoce que soy todopoderoso”.

La liebre condujo a Durdanta junto a un pozo profundo. Allí le dijo:

—“Mirad, señor; el temerario está en el fondo de su antro”.

Y mostró al león su propia imagen, reflejada en el agua del pozo.

El león, hinchado de orgullo, no pudo dominar su cólera, y, queriendo aplastar a su rival, se precipitó dentro del pozo en donde encontró la muerte.

Lo cual prueba que la inteligencia aventaja a la fuerza. La fuerza desprovista de inteligencia no sirve de nada.

(Del antiguo libro de fábulas CALILA Y DIMENA, versión de José E. Duraieb).

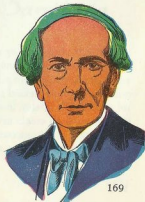


Urquiza y Alberdi

Dos grandes figuras argentinas se destacan en la organización nacional: Urquiza y Alberdi.

El general Urquiza vence a Rosas en la batalla de Caseros y pone fin a la tiranía, largo período de violencia y de abuso del poder. Cuatro meses después reúne en San Nicolás a los gobernadores de las provincias y firma con ellos un acuerdo en el que se declara que ha llegado el momento de organizar el país bajo el sistema federal, reglamentar el comercio interior y exterior, el cobro de las rentas y el pago de la deuda de la República. Este acuerdo está fechado en San Nicolás de los Arroyos el 31 de mayo de 1852.

Un día antes, el 30 de mayo, nuestro gran pensador Juan Bautista Alberdi, que se hallaba en Chile perseguido por la tiranía, escribió una carta al general Urquiza en la que le decía:



"Señor general: Los argentinos de todas partes, aun los más humildes y desconocidos, somos deudores a Vuestra Excelencia del homenaje de nuestra gratitud por la heroicidad sin ejemplo con que ha sabido restablecer la libertad de la patria".

Con aquella carta, Alberdi envió a Urquiza su célebre libro *Bases*, que contiene un proyecto de Constitución para la Confederación Argentina.

Urquiza contestó a Alberdi expresándole que "su bien pensado libro es un medio de cooperación importantísimo y que no pudo ser escrito en mejor oportunidad".

Sarmiento juzga también la obra *Bases* y le dice a su autor: "Su Constitución es un monumento; es nuestra bandera, es nuestro símbolo".

El Congreso Constituyente se reunió en Santa Fe y dictó el 1º de mayo de 1853, la Constitución Nacional.

Corresponde, pues, a Urquiza, la gloria de haber salvado los obstáculos que se oponían a nuestra organización política, y a Alberdi la de haber colaborado, desde su destierro, en aquella obra grandiosa con su libro *Bases*.



Anécdota de Sarmiento

Sarmiento llegaba a Tucumán ya herido de muerte. Su dolencia podía impedirle todo menos visitar escuelas.

Fuése a la Escuela Normal. Le tocó asistir a una clase de Historia Natural que dictaba el benemérito profesor don Inocencio Liberani, a quien debo el relato. Explicaba los huesos de la cabeza: enumeraba las clases de dientes y sus sendas funciones. Sarmiento interrumpió la explicación para dirigirse a las alumnas. No estaba conforme con las

ideas del profesor. Para él los caninos tenían un papel que no se había recordado.

—¿Para qué sirven esos dientes a las mujeres? —preguntó.

Desconcertadas las niñas, ninguna acertó a dar una respuesta satisfactoria. Obligado a dársela a sí mismo, Sarmiento dijo:

—Sirven los caninos a la mujer para cortar el hilo de coser cuando ha acabado su costura.

El profesor y la clase celebraron la salida como una genialidad, pero ella revelaba enteramente al maestro. Diciendo una inexactitud, daba una lección preciosa. Estoy seguro de que ninguna de las alumnas que oyó a Sarmiento aquella vez tuvo lección mejor sobre el papel de la mujer en la vida.

Hijo de doña Paula Albarracín, repetía la enseñanza que había dado desde las páginas de *Recuerdos de Provincia*, de la sabiduría y del trabajo doméstico que construyeron una casa con varas de lienzo, sostuvieron su familia hilando, tejiendo, tiñendo telas, cosechando frutos y legumbres en un huerto tan grande como un pañuelo.

JUAN B. TERÁN



Península de Llao-Llao, en el parque nacional del Sur
(Nahuel Huapi).

El parque nacional de Nahuel Huapí

En un día y medio de viaje por ferrocarril se llega desde Buenos Aires a la región de los lagos. El presidente Roca creó, en aquella zona maravillosa, el parque nacional de Nahuel Huapí. Es cada vez mayor el número de turistas que se dirigen al sur de Neuquén, para admirar aquel prodigio de la naturaleza.

La montaña, el bosque y el agua presentan allá los más bellos paisajes, ante los cuales el observador enmudece de asombro. La blancura de la nieve contrasta con los colores más hermosos; árboles raros envuelven al viajero en un ambiente de perfumes exquisitos; jardines naturales y variados helechos rodean los lagos, y en medio de ellos se levantan islas cubiertas de vegetación.

Corresponde a nuestro sabio doctor Francisco P. Moreno la iniciativa de formar en aquella región el parque nacional.

Fue él uno de los peritos nombrados por el gobierno para demarcar el límite andino con la República de Chile.

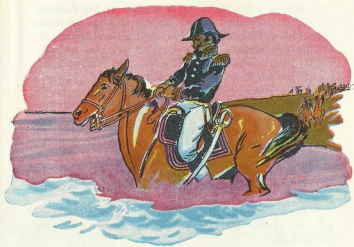
La nación le recompensó tan importantes servicios con veinticinco leguas cuadradas en la zona del lago Nahuel Huapí.

El doctor Moreno tuvo entonces un noble gesto: cedió al gobierno tres leguas cuadradas entre los límites de los



entonces territorios de Neuquén y Río Negro, a la extremidad oeste del "fiord" principal del lago Nahuel Huapi, alrededor de Puerto Blest, a fin de que ese terreno fuese conservado como parque nacional.

Años más tarde se sancionó la ley que establece, entre otras cosas, "conservar la naturaleza de los parques nacionales y atraer hacia ellos la atención del país, para su conocimiento y estudio y con fines de recreación, educación popular e investigación científica"



El sacrificio por la Patria

I

Toda nuestra historia es una sucesión de hechos heroicos. En cada una de sus páginas hay rasgos de abnegación y de sacrificio, realizado por amor a la patria.

Sabemos cómo el soldado Juan Bautista Cabral salvó

de la muerte a San Martín en el combate de San Lorenzo. El valiente correntino expuso su cuerpo a las bayonetas enemigas, en tanto ayudaba a su jefe a desprenderse del caballo que acababa de caer muerto por una metralla. Cabral pagó con su vida aquel gesto, y poco antes de expirar, sus labios se movieron para exclamar: "¡Muero contento! ¡Hemos batido al enemigo!"

Sabemos, también, cómo el soldado Antonio Ruiz prefirió morir fusilado antes que prestar juramento de fidelidad a una bandera contra la cual él había luchado. En el mismo instante en que se ordenaba disparar los fusiles contra él, gritó: "¡Viva Buenos Aires!"

Y Antonio Ruiz cayó para no levantarse jamás. La historia lo recuerda con el nombre de Falucho y la patria lo ha inmortalizado en un monumento.

Juan Pascual Pringles, el inolvidable puntano, prefirió arrojar al mar antes que entregarse prisionero a las fuerzas realistas.

El noble general español Jerónimo Valdés, impresionado por aquel gesto del oficial argentino, corrió a salvarlo y cumplió su promesa de respetarle la vida, como un homenaje al valor del joven teniente.

Estos y muchos otros ejemplos de sacrificio por la patria contiene nuestra historia militar.

Sigamos recorriendo sus páginas y hallaremos nuevos hechos que, por su grandeza, conmueven y asombran al mismo tiempo.

El sacrificio por la Patria

II

Belgrano, cuya vida conocéis, es, quizá, uno de los ejemplos más gloriosos de sacrificio. Nacido y criado en la riqueza, murió sumamente pobre. Sirvió a su bandera como ciudadano ilustre y como soldado.

Moreno se entregó con tal fervor a sus tareas de gobierno, que enfermó, falleciendo en plena juventud.

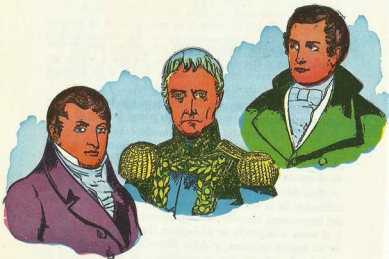
Saavedra, alma del movimiento de mayo, sufrió con resignación el proceso y la persecución de sus enemigos políticos y fue a terminar sus días en la soledad del campo, en el que trabajó con ahinco para ganar su sustento.

San Martín, cuya actuación abarca muchas páginas brillantes de la historia americana, vivió largos años lejos del hogar, para cumplir con su plan emancipador. El deber y el amor a la patria no le dejaron llegarse hasta el lecho de su esposa enferma, y doña Remedios, agravada en su mal por la tristeza que le produjeron el fallecimiento de su padre y la ausencia de San Martín, "falleció en Buenos Aires sin que su esposo pudiera estar junto a ella en la hora de su muerte".

Cuando el Libertador regresó, mandó construir en la Recoleta un sepulcro para los restos de doña Remedios, y colocó sobre la tumba esta inscripción:

"Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín".

La irreparable pérdida produjo en el espíritu del Libertador una honda pena, que lo acompañó hasta los últimos instantes de su vida.



El sacrificio por la Patria

III

Cerremos, ahora, estas páginas con el recuerdo de un hecho que es también un gran ejemplo de sacrificio por la patria.

El 16 de abril de 1879, el general Julio A. Roca, ministro de guerra y marina bajo la presidencia de Avellaneda, salió de Buenos Aires al frente de su estado mayor y de su ejército dividido en cinco divisiones.

Los expedicionarios se dirigieron al Sur, "para someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a los salvajes que impedían ocupar definitivamente los territorios más ricos y fértiles de la República".

Después de una marcha llena de vicisitudes por tierras de la Patagonia, y de librar frecuentes combates con los naturales, el general Roca sometió a catorce mil indios bravíos y los concentró en colonias indígenas para habitarlos al trabajo; libró del poder del indio a más de cuatrocientos cristianos que vivían como cautivos en las tolderías y llevó al desierto los primeros progresos.

A su regreso, el general Roca elevó un parte al presidente Avellaneda, y en él decía: "Es satisfactorio avisar a Vuestra Excelencia, que toda la parte del desierto en que los indios ladrones se guarecían para invadir nuestras poblaciones, queda ya completa y definitivamente dominada por nuestras armas, desde las fronteras de Mendoza y Santa Fe hasta el río Negro, y desde los Andes hasta Buenos Aires".

Recordemos que en todo monumento o estatua de prócer, de pensador o de artista, hay siempre el resumen de una vida consagrada a nuestro engrandecimiento y una lección de sacrificio por la patria.

Estudiemos con amor esas vidas y busquemos en cada una de ellas un ejemplo para levantar nuestra conducta.



El nido de caranchos

I

En los alrededores de nuestro viejo monte de durazneros, destacábase un árbol solitario, de forma algo particular, erguido a unos cuarenta metros de los demás y en el borde de un terreno inculto, lleno de cizaña. Tratábase de un árbol grande y viejo como los otros, con un suave tronco redondo, que tenía cerca de cuatro metros y medio

de altura y desparramaba sus ramas en derredor, de modo que, en la parte alta, formaba como un paraguas invertido. En el correspondiente hueco, compuesto por el círculo de las ramas, los caranchos habían construido su inmenso nido formado por palitos, manojos de pasto, huesos disecados de oveja y otros animales, pedazos de sogá y cuero crudo y diversos objetos que ellos pudieron llevar. El nido constituía su hogar. Allí descansaban de noche. Lo visitaban algunas veces durante el día, trayendo generalmente un hueso blanquecino, un tallo de cardo u otra cosa análoga, para agregar a la pila.

Tales caranchos nunca atacaban a las gallinas. No ofendían ni molestaban, manteniéndose en la arboleda, lo más lejos posible de las casas. Se acercaban a ellas cuando se carneaba alguna res. Revoloteaban entonces en torno de la sangrienta comida, echando su penetrante mirada sobre los procedimientos y esperando la oportunidad. Llegaba ésta, cuando los bofes y demás porciones sobrantes eran arrojados, por los peones, a los perros. El carancho, entonces, se abalanzaba como un milano y arrebatando la carne con el pico la levantaba hasta una altura de veinte o treinta metros. Dejaba caer su botín, para agarrarlo de nuevo en el aire con gran destreza, entre sus garras, remonándose para comerla a su antojo. Nunca me cansaba de admirar esta hazaña del carancho que es, según creo, única en los pájaros de presa.

El nido de caranchos

II

El gran nido en el viejo duraznero poseía gran atracción para mí. Yo acostumbraba visitarlo a menudo. Deceaba poder subir a él alguna vez. ¡Oh! qué delicia hubiera sido llegar hasta arriba, allí, sobre el nido, y mirar hacia abajo dentro del hueco que parecía una gran palangana, forrada con lana de oveja, y ver los huevos, más grandes que los del pavo, todos jaspeados con un rojo fuerte, o blancos como crema, salpicados con roja sangre. Porque yo había visto los huevos de carancho que llevara un gaucho y alimenté siempre la ambición de agarrarlos del nido con mis propias manos. Mi madre había me dicho que si yo quería huevos de pájaros no debía nunca sacar más de uno del nido, a menos que fueran de especie dañina. Pero dañino ciertamente, era el carancho, a pesar de su buena conducta en la casa.

Yo tenía miedo de esos pájaros, que parecían tan terriblemente salvajes y formidables, cada vez que me acercaba. Pero mi deseo de conseguir los huevos me subyugaba. Cuando en primavera creía que estaban abandonados, iba más a menudo que nunca a observar, esperando el momento oportuno. Y una tarde, después de la puesta del sol, no vi los pájaros en



ninguna parte. Pensé que la ocasión había llegado. Me arreglé para trepar por el suave tronco hasta las ramas. Acallando los insistentes latidos de mi corazón, principié la tarea de llegar a las ramas más apretadas y tracé mi ruta sobre el inmenso borde del nido. Pero, en ese momento, oí el áspero y penetrante grito del carancho, y mirando por entre las hojas en la dirección de donde procedía, me apercibí de que macho y hembra llegaban volando furiosamente, chillando de nuevo y más fuertemente a medida que se acercaban. El terror se apoderó de mí. Descendí por entre las ramas y, agarrándome de la más baja, traté de balancearme y desenredarme, precipitándome al suelo.

Sufrió un buen golpe, pero caí sobre el suave césped, e incorporándome rápidamente volé al amparo del monte, para ganar la casa. Durante el rápido transcurso de la acelerada carrera, no osé mirar atrás para ver si los pájaros me seguían.

Fue ése mi único ensayo para llegar al nido de las aves de rapiña.

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

(Versión del inglés por Fernando Pozzo y Celia R. de Pozzo).

La lechera

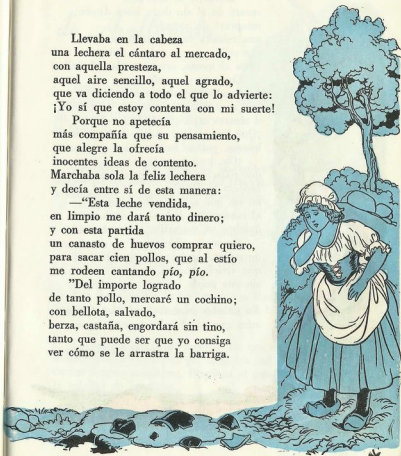
Llevaba en la cabeza una lechera el cántaro al mercado, con aquella presteza, aquel aire sencillez, aquel agrado, que va diciendo a todo el que lo advierte: ¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía más compañía que su pensamiento, que alegre la ofrecía inocentes ideas de contento.

Marchaba sola la feliz lechera y decía entre sí de esta manera:

—“Esta leche vendida, en limpio me dará tanto dinero; y con esta partida un canasto de huevos comprar quiero, para sacar cien pollos, que al estío me rodeen cantando *pío, pío*.”

“Del importe logrado de tanto pollo, mercaré un cochino; con bellota, salvado, berza, castaña, engordará sin tino, tanto que puede ser que yo consiga ver cómo se le arrastra la barriga.



"Llevaré al mercado,
sacaré de él sin duda buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero
que salte y corra toda la campaña
hasta el monte, cercano a la cabaña".

Con este pensamiento
enajenada brinca de manera
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera! ...
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh, loca fantasía,
qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor o más próspera fortuna,
que vivirás ansiosa,
sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro,
mira que ni el presente está seguro.*

FÉLIX M. DE SAMANIEGO

Pensamientos de Avellaneda



Sólo se aprende a pensar,
pensando; a trabajar, trabajan-
do, y a ser libre, usando siempre
la libertad.

*

La tierra y el hombre se encuentran perpetuamente
unidos por la eterna relación del trabajo. Mirad la tierra
y conoceréis al hombre que la habita.

*

Nada hay perdido cuando queda en pie un pueblo que
trabaja.

La propiedad engrandece y dignifica al hombre.

*

Los ferrocarriles llevan, entre sus líneas paralelas, el
progreso a los pueblos y la unidad para la República.

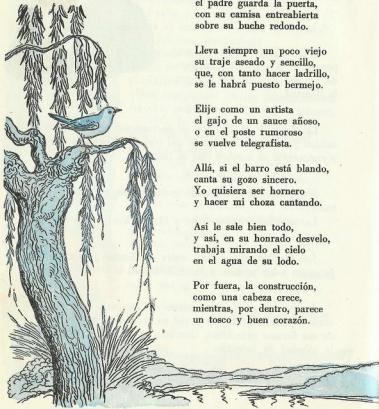
*

La escuela puede ser modesta sin que deje de ser útil,
como aquellos faroles de papel en las calles que, a pesar
de sus formas primitivas, iluminan el paso del viajero en
la soledad de la noche.

*

No hay prosperidad fuera del trabajo.

El hornero



La casita del hornero
tiene alcoba y tiene sala.
En la alcoba la hembra instala
justamente el nido entero.

En la sala, muy orondo,
el padre guarda la puerta,
con su camisa entreabierta
sobre su buche redondo.

Lleva siempre un poco viejo
su traje aseado y sencillo,
que, con tanto hacer ladrillo,
se le habrá puesto bermejo.

Elige como un artista
el gajo de un sauce añoso,
o en el poste rumoroso
se vuelve telegrafista.

Allá, si el barro está blando,
canta su gozo sincero.
Yo quisiera ser hornero
y hacer mi choza cantando.

Así le sale bien todo,
y así, en su honrado desvelo,
trabaja mirando el cielo
en el agua de su lodo.

Por fuera, la construcción,
como una cabeza crece,
mientras, por dentro, parece
un tosco y buen corazón.

Pues como su casa es centro
de todo amor y destreza,
la saca de su cabeza
y el corazón pone adentro.

La trabaja en paja y barro,
lindamente la trabaja,
que en el barro y en la paja
es arquitecto bizarro.

La casita del hornero
tiene sala y tiene alcoba,
y aunque en ella no hay escoba,
limpia está con todo esmero.

Concluyó el hornero su horno,
y con el último toque,
le deja áspero el revoque
contra el frío y el bochorno.

Ya explora al vuelo el circuito,
ya, sobre la tierra lisa,
con tal fuerza y garbo pisa,
que parece un martillito.

La choza se orea, en tanto,
esperando a su señora,
que elegante y avizora,
llena su humildad de encanto.

Y cuando acaba, jovial
de arreglarla a su deseo,
le pone con un gorjeo
su vajilla de cristal.

LEOPOLDO LUGONES



La sabiduría

Hubo en la antigüedad un poderoso rey árabe, que habiéndose dado cuenta de su ignorancia, llamó a todos los sabios de su imperio y les dijo:

—Soy poseedor de inmensos tesoros, de bellos palacios y tengo bajo mis órdenes ejércitos invencibles. Sin embargo no soy feliz.

En las noches, miro las estrellas y me formulo mil preguntas a las que no sé responder. Ante las flores que se abren a la luz, pienso largamente, sin poder explicarme, cómo la semillita casi invisible puede convertirse en perfume y en colores maravillosos.

En fin, he comprobado con dolor que mi ignorancia es tan grande como mis riquezas.

Quedaos en mi palacio y escribidme libros que me den en palabras claras el secreto de la ciencia.

Los sabios se retiraron en silencio y dieron comienzo a la obra.

Pasaron los años. Un día, el más viejo de todos, presentó al monarca doce grandes volúmenes y le dijo sencillamente:

—Aquí tenéis la sabiduría.

El rey se entregó con pasión al estudio, pero bien pronto advirtió que no le bastaría toda su vida para aprender el contenido de aquellos libros enormes. Llamó otra vez a los sabios y les preguntó:

—¿No podríais escribir en menos volúmenes todo esto?

Los ancianos se miraron, y uno de ellos repuso:

—Lo intentaremos —y se dirigieron a la biblioteca del palacio.

Trabajaron allí varios años, y cuando dieron término a su labor, presentaron al monarca un grueso volumen. El rey lo examinó con cuidado y exclamó:

—¿Creéis que viviré lo bastante para aprender lo que dice este libro? ¿No habéis hallado la manera de reunir la sabiduría en menos páginas?...

El más viejo de todos se adelantó, entonces, y le dijo:

—Dadme ese anillo, el más pequeño...

Al día siguiente se presentaron ante el trono, y uno de ellos devolvió al rey el anillo y le habló así:

—Aquí tenéis escrita, en dos palabras, la sabiduría.

El poderoso monarca lo revisó con viva curiosidad y halló en su interior esta breve inscripción: *Sed bueno.*



La estatua de oro

Cuento

En la parte más alta de la ciudad, sobre una columna, se alzaba la estatua del Príncipe Feliz. Estaba toda vestida de madreperla y de oro fino. Tenía a guisa de ojos dos zafiros centelleantes, y un rojo rubí ardía en el puño de la espada.

Una noche muy fría una golondrina voló sin descanso hasta la ciudad.

—¿Dónde buscaré abrigo? —se dijo.

Divisó la estatua de oro y gritó:

—Voy a cobijarme allí. El sitio es bonito...

Y se dejó caer entre los pies del Príncipe Feliz.

—Tengo una habitación dorada —se dijo quedamente, después de mirar en torno suyo. Y se dispuso a dormir; pero al ir a colocar su cabeza bajo el ala, le cayó encima una pesada gota de agua.

—¡Qué curioso! —exclamó—. No hay una sola nube en el cielo; las estrellas brillan como nunca, y, sin embargo, llueve.

Cayó entonces una segunda gota.

—¿De qué sirve esta hermosa estatua si no me puede resguardar de la lluvia? —dijo la golondrina—. Voy a buscar un buen copete de chimenea o una cornisa. Y se dis-

puso a volar más lejos; pero antes que abriese las alas, cayó una tercera gota.

La golondrina miró hacia arriba y vio... ¡Ah, lo que vio!

Los ojos del Príncipe estaban arrasados de lágrimas que corrían por sus mejillas de oro. Su faz era tan bella a la luz de la Luna, que la golondrinita, sintiéndose llena de piedad, le dijo:

—¿Quién sois?

—Soy el Príncipe Feliz.

—Entonces, ¿por qué lloráis de ese modo? Me habéis empapado casi.

—Cuando estaba yo vivo y tenía corazón como los hombres —replicó la estatua—, no sabía lo que eran las lágrimas. Vivía en un palacio en el que no se permitía la entrada al dolor. Ahora que estoy muerto me han elevado tanto que puedo ver todas las fealdades y miserias de la ciudad.

—Mira; allí abajo —continuó la estatua— hay una pobre vivienda. Una de sus ventanas, está abierta y por ella puedo ver a una mujer sentada ante una mesa. Su rostro está enflaquecido y tiene las manos hinchadas y enrojecidas, llenas de pinchazos de la aguja, porque es costurera. Sobre un lecho, en el rincón del cuarto, yace su hijito enfermo. Tiene fiebre y pide naranjas. Su madre no puede darle más que agua del río. Por eso llora, golondrinita. ¿Quieres llevarle el rubí del puño de mi espada?

La mirada del Príncipe era tan triste, que la golondrina se quedó apenada.

—Mucho frío hace aquí —le dijo el ave—, pero me quedaré una noche con vos y seré vuestra mensajera.

—¡Oh, gracias, gracias! —respondió la estatua.

Entonces la golondrina arrancó el gran rubí de la



espada del Príncipe, y llevándolo en el pico, voló sobre los techos de las casas. Al fin llegó a la pobre vivienda y echó un vistazo dentro. El niño se agitaba febrilmente en su camita y la madre habíase quedado dormida de cansancio. El ave entró en la habitación y dejó el gran rubí en la mesa, sobre el dedal de la costura. Luego revoloteó suavemente alrededor del lecho, abanicando con sus alas la cara del niño.

—¡Qué fresco 'más dulce siento! —murmuró el niño—. Debo estar mejor. Y cayó en un delicioso sueño.

La golondrina se dirigió a todo vuelo hasta la estatua y le contó lo que había hecho.

—Golondrina, golondrinita —dijo entonces el Príncipe, allá abajo veo un joven en una buhardilla. Está intentado sobre una mesa cubierta de papeles. Se esfuerza por terminar una obra de teatro; pero siente demasiado frío para escribir más. No hay fuego en el aposento y el hambre lo ha rendido.

—¿Debo llevarle otro rubí? —dijole la golondrina.

—Ay, no tengo más rubíes. Mis ojos es lo único que me queda. Son unos zafiros valiosos traídos de la India hace un millar de años. Arráncame uno de ellos y lléváselo. Lo venderá a un joyero, se comprará alimentos y carbón y concluirá la obra.

—Amado Príncipe, no puedo hacer eso— dijo la golondrina. Y se echó a llorar.

—Golondrina, golondrinita, haz lo que te pido.

Entonces la avecilla arrancó un ojo al Príncipe y voló hacia la habitación del estudiante. Cuando éste levantó la cabeza vio el hermoso zafiro sobre la mesa.

Al día siguiente la golondrina decidió alejarse del lugar y salir en busca de un país de clima más tibio.

Antes de emprender la partida fue a despedirse del Príncipe.

—He venido a decirlos adiós —le dijo.

Por toda respuesta el Príncipe agregó:

—Allá abajo, en la plazoleta, tiene su puesto una niña vendedora de cerillas. Se le han caído al arroyo estropeándose todas. Su padre la reprenderá si no lleva algún dinero a casa. Está llorando. No tiene medias ni zapatos y lleva la cabecita al descubierto. Arráncame el otro ojo, dáselo a la niña y su padre no la reprenderá.

—¡Ah, no! No puedo arrancaros el otro ojo porque quedaríais ciego del todo.

—Golondrina, golondrinita, haz lo que te mando.

El ave le arrancó el otro ojo al Príncipe, emprendió el vuelo y deslizó la joya en la mano de la niña.

La golondrina volvió de nuevo y dijo a la estatua:

—Me quedaré con vos para acompañaros. Estáis ciego y ahora me necesitáis.

—No, golondrinita —dijo el Príncipe—. Tienes que ir a otro país en donde no haga tanto frío como aquí.

—Me quedaré con vos para siempre —repuso el ave. Y se durmió entre los pies de la estatua.

A la mañana siguiente el Príncipe pidió a la golondrina que recorriese la ciudad y le contase lo que viera.

La golondrina voló por la ciudad y vio que bajo los arcos de un puente estaban acostados dos niños, abrazados uno con otro, para darse calor.

—¡Qué hambre tenemos! —decían.

—¡No se puede estar aquí! —les gritó un agente de policía.

Los dos niños se alejaron bajo la lluvia.

Cuando la golondrina contó esto al Príncipe, exclamó:

—Estoy cubierto de oro fino; despréndelo hoja por hoja y dáselo a los pobres.

Hoja por hoja arrancó el oro fino hasta que quedó el Príncipe sin brillo ni belleza.

El ave las distribuyó entre los pobres, y las caritas de los niños se tornaron nuevamente sonrosadas y rieron y jugaron en la calle.

—¡Ya tenemos pan! —gritaban—. ¡Ya tenemos pan!

Al siguiente día, muy temprano, el alcalde vio con asombro el triste aspecto de la estatua. A sus pies estaba el cuerpo sin vida de la golondrina.

Las autoridades mandaron fundir la estatua, pero los obreros observaron que el corazón resistía a las llamas. Entonces lo sacaron y lo arrojaron, junto con la golondrina, a un cajón de residuos.

*
* *

—Tráeme las dos cosas más preciosas de la ciudad —dijo Dios a uno de sus ángeles—, y el ángel le llevó el corazón de plomo y el pájaro muerto.

—Has elegido bien —dijo Dios—. En mi jardín del Paraíso este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro el Príncipe Feliz escuchará mis alabanzas.

(Compendio del cuento *El Príncipe Feliz*, de OSCAR WILDE).



San Martín, agricultor

Es sabido que San Martín, siendo dignísimo gobernador de Cuyo, demostró una extraordinaria capacidad administrativa, mientras preparaba el ejército para aquella magna empresa del paso de los Andes. Realizó entonces, entre otras muchas obras de progreso, un importante canal de riego, que hoy lleva su nombre, en una vasta extensión de terrenos fiscales, entonces estériles, al norte del Retamo (hoy Junín), que pronto fueron entregados al cultivo con gran éxito.

Fue un lote de aquellos terrenos lo que el mismo San Martín pidió y obtuvo, en su carta dirigida al Cabildo de Mendoza, el 12 de octubre de 1816, que es uno de los documentos más interesantes para su biografía. No eran grandes las pretensiones de quien hubiera tenido derecho a todo. "El corto número de cuarenta cuabras —dice—, llena mi aspiración y deseo, mas no puedo contar con ellas si V. S. no me hace acreedor a que se me señalen por título de merced y gracia". El valor comercial de entonces, para aquella pequeña fracción de campo, era de doscientos pesos en total. "No los tengo —añade—, y en caso de tenerlos, la compraría. La voluntaria cesión de la mitad de mis sueldos me ha reducido a pasar una vida frugal y sin el menor ahorro para embolsar..." Ante esta franca y leal declaración, perfectamente natural en él, y que hoy nos resulta conmovedora, el Cabildo resolvió otorgarle no sólo aquel lote, sino doscientas cuabras más, destinadas a su hijita Mercedes, nacida en Mendoza, las que el héroe no se decidió a aceptar sino después de mucha insistencia.

"El estado de labrador —decía el General en aquella misma carta—, es el que creo más análogo a mi genio, y como un recurso y asilo a las inquietudes y trabajos de una vida ocupada al servicio de las armas". Y después de manifestar cómo nunca había podido realizar su deseo de poseer "un fundo rural con qué contar para ese estado que aspiro", expresa las razones muy plausibles que le hacían preferir aquella región mendocina "para elegir un rincón de ella en qué dedicarme a romper el campo, cultivarlo y formar mis delicias". Esta ingenua expresión trasunta fielmente lo sincero y lo profundo de sus anhelos. Ellos no pudieron realizarse de inmediato, porque debía partir para sus memorables jornadas; pero en agosto de 1818, al regresar a Mendoza por poco tiempo, después del triunfo de Maipú, formalizó un contrato de aparcería para el cultivo y explotación de su fundo, que pudo verse así transformado en chacra verde y florida, con casa, huerta, frutales, etc.; ¡todas las delicias con que soñaba el gran hombre!

Poco podría gozar de ellas en medio de tantos afanes. El solo hecho de que teniendo entre manos aquella empresa gigantesca haya dispuesto de tiempo para pensar en su chacra, demuestra mejor que nada su amor a la tierra en que contaba pasar tranquilamente su vejez. Vuelto a Mendoza en 1823, después de terminada su grandiosa obra emancipadora, y de haber declinado todos los honores que se le ofrecieron, pasa casi todo aquel año en su chacra, entregado con pasión a las faenas rurales.

MARTÍN DOELLO-JURADO

Fragmento del discurso que el doctor Martín Doello-Jurado pronunció en Buenos Aires, el 17 de agosto de 1938, en el acto de homenaje que el Club de Niños Jardineros tributó al Libertador.

Himno Nacional Argentino



1º

Oíd, mortales el grito sagrado
Libertad, Libertad, Libertad,
oíd el ruido de rotas cadenas
ved en trono a la noble igualdad.
*Se levanta en la faz de la tierra
una nueva gloriosa Nación
coronada su sien de laureles,
y a sus plantas rendido un León.*

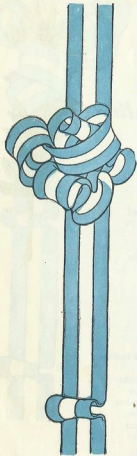
CORO

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.

2º

*De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar:
la grandeza se anida en sus pechos
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas
y en sus huesos revive el ardor,
lo que ve renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.*

Sean eternos los laureles, etc.



39

*Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor,
todo el País se conturba por gritos
de venganza, de guerra, y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel,
su Estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.*

Sean eternos los laureles, etc.

49

*¿No los veis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz?
¿y cual lloran bañados en sangre
Potosí, Cochabamba, y la Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas
luto, y llantos, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?*

Sean eternos los laureles, etc.

59

*A vosotros se atreve Argentinos
el orgullo del vil invasor:
vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener
a estos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.*

Sean eternos los laureles, etc.

69

*El valiente Argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor,
el clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.*

*Buenos Aires se opone a la frente
de los pueblos de la inclita unión,
y con brazos robustos desgarran
al Ibérico altivo león.*

Sean eternos los laureles, etc.

79

*San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta, y Tucumán,
la Colonia y las mismas murallas
del tirano en la banda oriental,
son letreros eternos que dicen
aquí el brazo Argentino triunfó,
aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.*

Sean eternos los laureles, etc.

89

*La victoria al guerrero Argentino
con sus alas brillantes cubrió,
y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dió;
sus banderas, sus armas se rinden
por trofeos a la libertad,
y sobre alas de gloria alza el Pueblo
trono digno a su gran Majestad.*

Sean eternos los laureles, etc.

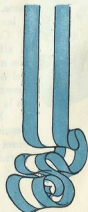
99

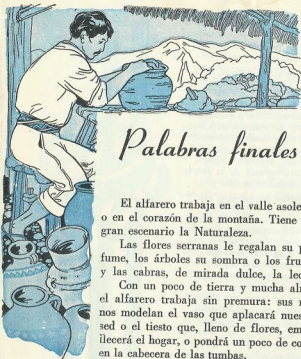
*Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín,
y de América el nombre enseñando
les repite mortales oíd.
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud,
y los libres del mundo responden
al gran Pueblo Argentino Salud.*

Sean eternos los laureles, etc.

VICENTE LÓPEZ

Dr. Bernardo Vélez, Secretario del Gobierno de Intendencia.
Buenos Aires, 13 de mayo de 1813. Es copia.





Palabras finales

El alfarero trabaja en el valle soleado o en el corazón de la montaña. Tiene por gran escenario la Naturaleza.

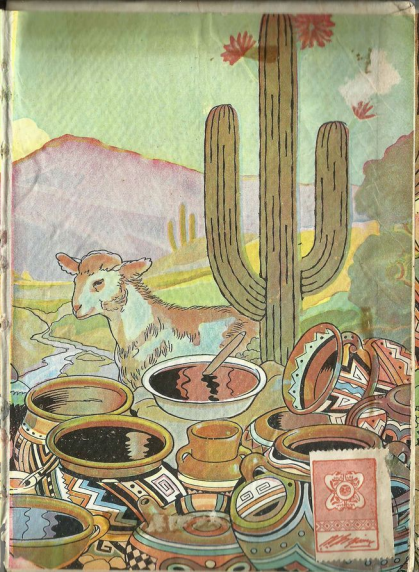
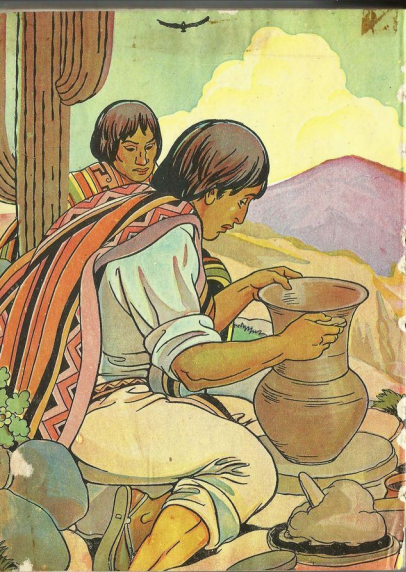
Las flores serranas le regalan su perfume, los árboles su sombra o los frutos, y las cabras, de mirada dulce, la leche.

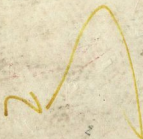
Con un poco de tierra y mucha alma, el alfarero trabaja sin premura: sus manos modelan el vaso que aplacará nuestra sed o el tiesto que, lleno de flores, embellecerá el hogar, o pondrá un poco de color en la cabecera de las tumbas.

¡Es bueno tu arte, alfarero! La Providencia te puso entre nosotros para que nos enseñes cómo se realiza —con un poco de tierra y mucha alma— una obra de amor...

La EDITORIAL KAPFELBERG, S. A., dio término a la 8ª tirada de la séptima edición de esta obra en el mes de noviembre de 1965, en los Talleres Gráficos de Ernesto Zeiss, Belgrano 4067, Buenos Aires.

K - 8765





Aprobado por el Consejo Nacional de Educación (Exp. 5877/57 -
Resol. 14558/P/57) y por el Ministerio de Educación de la
provincia de Buenos Aires (Exp. 2600-37192/57 - Resol. 2875/57).